

WILLIAM SHAKESPEARE

HAMLET



Introducción
de Núria Vizcarro Boix

Traducción y adaptación de Rodolf Sirera



PRIMER ACTO

ESCENA I

(Entran BERNARDO y FRANCISCO, dos centinelas).

BERNARDO. ¿Quién vive?

FRANCISCO. Contesta tú primero. Santo y seña.

BERNARDO. ¡Dios salve al rey!

FRANCISCO. ¿Eres Bernardo?

BERNARDO. El mismo.

FRANCISCO. Llegas puntual.

BERNARDO. Son ya las doce, Francisco.

FRANCISCO. Gracias por el relevo. Hace mucho frío.

BERNARDO. ¿Qué tal la guardia? ¿Ha sido tranquila?

FRANCISCO. Tranquila. No se ha movido ni un ratón.

BERNARDO. Vete a descansar. Si te encuentras con

Horacio y Marcelo,

que tienen que hacer la guardia conmigo,

diles que se apresuren.

FRANCISCO. Creo que ya vienen.

(Entran HORACIO y MARCELO).

¡Alto! ¿Quién vive?

HORACIO. Gente del país.

MARCELO. Vasallos del rey de Dinamarca.

FRANCISCO. Dios os guarde. Buenas noches.

MARCELO. ¿Quién te relevó?

FRANCISCO. Bernardo. Que tengáis buena guardia.

(Sale FRANCISCO).

MARCELO. Hola, Bernardo.

BERNARDO. ¿Es Horacio quien viene contigo?

HORACIO. Lo que queda de él.

MARCELO. ¿Ha vuelto a aparecer esta noche?

BERNARDO. Yo aún no he visto nada.

MARCELO. Horacio dice que es fruto de nuestra fantasía.

Por eso lo he invitado a venir con nosotros.

HORACIO. Bah, bah, no va a aparecer nadie.

BERNARDO. Siéntate con nosotros y escucha el relato de lo que hemos visto ya dos noches.

HORACIO. Está bien. Sentémonos y cuenta.

BERNARDO. La pasada noche, cuando aquella estrella había hecho ya su recorrido, Marcelo y yo, al dar la una...

MARCELO. ¡Silencio, calla! ¡Por ahí viene!

(Entra el ESPECTRO).

BERNARDO. ¿Lo ves? Es el rey. Pero el rey está muerto.

MARCELO. Háblale tú, Horacio; eres hombre de letras.

HORACIO. No os creía, y ahora estoy lleno de asombro y de terror.

BERNARDO. Quiere que hablen con él.

MARCELO. Háblale, Horacio.

HORACIO. (*Decidiéndose*). ¿Quién eres tú, que usurpas las horas de la noche y apareces con el aspecto del valiente rey de Dinamarca? Te conmino a que hables.

MARCELO. Está ofendido.

BERNARDO. Calla y se aparta.

HORACIO. Espera, no te vayas. Yo te conmino. Háblame.

(*El ESPECTRO desaparece*).

MARCELO. No responde. Se ha ido.

BERNARDO. ¿Qué te sucede, Horacio? Estás pálido.
¿No decías que era todo ilusión?

HORACIO. Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

MARCELO. Era el rey, ¿verdad?

HORACIO. Las armas que lleva son las mismas que llevaba cuando luchó contra el rey noruego.
Y sus gestos, su manera de fruncir el ceño...

BERNARDO. Son idénticos. ¿Y por qué se nos ha aparecido, Horacio?

HORACIO. Eso yo no sabría decirlo. Pero este hecho debería conmover al reino.

BERNARDO. Sentémonos y reflexionemos sobre el motivo
de tantas y tan numerosas guardias nocturnas.
¿Por qué se están fundiendo más cañones?
¿Por qué se compran armas en otros países?
¿Por qué se concentra en el puerto a tantos carpinteros de ribera?

Alguien debería informarnos, ¿no os parece?

HORACIO. Yo puedo. O al menos puedo contaros los rumores.

El difunto rey, cuya imagen acaba de aparecérsenos, fue desafiado, como sabéis, por Fortinbrás, rey de Noruega.

Y en el combate, nuestro rey Hamlet dio muerte a Fortinbrás,

de resultas de lo cual el noruego perdió, según convenio,

muchas de sus tierras. Y ahora, su hijo, Fortinbrás el joven,

encendido de cólera, ha logrado reunir una turba de gentes de mal vivir dispuesta, a cambio de comida y soldada,

a una valiente empresa, que no es otra

que recuperar los territorios perdidos por su padre.

Y este es, según yo creo, el motivo de una guardia tan severa,

y de los preparativos para una posible guerra que se están produciendo en toda Dinamarca.

BERNARDO. Así lo creo yo también. Y ese sería el motivo
por el que el fantasma se nos aparece bajo la figura
de un rey
que fue causa de aquellas guerras.

HORACIO. El espíritu se perturba al recordar
cómo en los tiempos más gloriosos de Roma,
poco antes de que César fuera asesinado,
se abrieron las tumbas, y los cadáveres, envueltos
en sudarios,
salían a las calles y las recorrían dando gritos.
Y se vieron estrellas con colas de fuego,
y hubo rocío que adquirió el color de la sangre
y eclipses como el del día del juicio final.
¿Acabará siendo este tiempo semejante a aquel?

(Entra de nuevo el ESPECTRO).

Pero callemos: ahí viene de nuevo. Iré a su encuentro,
aunque me condene. ¡Visión, detente!
¡Háblame! Háblame si tienes voz. Dime si puedo
hacer algo por ti. Di si conoces el destino de nuestro
pueblo.
O si escondiste tesoros en la tierra
que ahora te hacen andar vagando. ¡Háblame!

(Canta el gallo. El ESPECTRO comienza a retirarse).

¡Detenlo tú, Marcelo!
MARCELO. ¿Le doy con mi alabarda?

(El ESPECTRO desaparece).

BERNARDO. Es inútil. Se ha ido.

MARCELO. Nada se puede hacer contra él. Es como el aire.

Y el aire no se puede detener.

BERNARDO. Yo creo que iba a hablar, pero el gallo cantó.

HORACIO. Y salió huyendo como alma culpable.

MARCELO. Dicen algunos que, cuando se acerca el día del nacimiento del Salvador, el gallo canta toda la noche,

y ahuyenta a los espíritus dañinos. Y las noches son saludables, sin planetas maléficos, ni hadas, ni brujas, ni encantamientos de ninguna especie.

HORACIO. Eso he oído, y yo lo creo. Pero mirad el cielo: el alba, envuelta en su manto de púrpura, marcha sobre el rocío en dirección al este. Ha acabado la guardia.

Y debemos contarle lo que hemos visto al joven Hamlet.

MARCELO. Hagámoslo. Yo sé dónde podemos encontrarlo esta mañana.

(Salen).